

EL GERBASÍ

29 Junio 1947
G. Bayan



El poeta GERBASÍ. —Dibujo de Moreno Clavijo—

Presencia del Poeta

Esa mañana, en uno de los rincones de "El Asturias", la "troupe" intelectual principal a condimentar la tertulia del día Aurelio Arturo, introspectivo y tímido, destapaba su cotidiano "boute de Fall Mall", para permanecer en silencio, por largo rato, Andrés Bolognini, un tanto ausente de las conversaciones, se empinaba en el dibujo sistemático de una serie de "estrellas" sobre la loza de la mesa; José Constante, insistía en hacer-nos creer que iba a ir a Caracas, y Fernando Arístides, clásico y gótico, saboreaba su primer pedullo de tinto.

Al medio día, entraron Fernando Charry Lara y Daniel Arango, complacidos, traxendo del buzaco, como un presente, a Vicente Gerbasí. El joven poeta venezolano acreditado en nuestro país como diplomático de la cultura y de la poesía, hacia en ese momento, ante sus compañeros, la presentación de sus cartas referendales. Bajo el paludismo cambriol, que le había robado el verso de sus antiguos revolucionarios, como cuando de un aceduno, le brillaban los ojos con llamas de satisfacción íntima.

Bogotá es ágil y tiene a los golpes de entrada una corteza dura. Y los cenáculos literarios son quisquillosos y cerrados como la rima de un consonante redondito. Total, que Vicente Gerbasí, a primera vista, no gustó a los contertulios o gustó muy poco... Los poetas que lo rodearon querían opiniones y más opiniones, querían juicios rotundos, buscaban intenciones polémicas, ambicionaban —con la presencia de quien venía de tan lejos— un clima emocional más directo, un plato con salsas menos medíocres y más picantes. Gerbasí, que por algo había ingresado en la diplomacia, estaba demasiado silencioso, observaba los detalles más mínimos, no quería soltar prenda. Y naturalmente, no era esa la tónica ni ese el estilo indicado para sincronizar con sus nuevas amistades. Por allí, como quien no quiere la cosa, como quien hubiera querido tomar la situación por la tangente, habló del grupo "Viernes", una de sus debilidades. Pero le faltó el "vibr" y como fuera más narrativo que dogmático, nada de esto resultó suficiente...

Días después, en la compañía de varios de los mismos compañeros de la mesa de "El Asturias", encontramos de nuevo a Vicente Gerbasí. Fue en su residencia de la Embajada, donde nos pusimos cita de antemano, "para hablar de poesía". En su piel, el amarillo palúdico ya había cedido un poco y los doce grados de "Chapinero" empezaban a dárle licras y alegras manchas amarillas en las mejillas. Allí, al plácido sabor de unas cuantas botellas de ese caliente brandy de San Cristóbal, Vicente se desbordó en el contenido de todas sus dimensiones, se abrió y se desahogó, le caraqueño, mostró las revistas y demás publicaciones editadas por él y sus colegas de grupo, nos obsequió con sus libros, recitó y oyó recitar, habló y oyó hablar, y lo mejor de todo, no tuvo inconveniente alguno en mostrarse poco menos que generoso cuando alguna cosa no lograba seducir su atención. Vicente Gerbasí, desde esa noche, puso pie definitivamente en la tierra, y colgando del nupre su carnet diplomático, como un abrigo, tal que se sacara del pecho el corazón, sacó de su corazón al poeta.

¿Cómo definir y en qué sitio ubicar la posición estética de Vicente Gerbasí? Quizás ello sea, con la ayuda de Alejandro Carrón, quien alguna vez, le llamó "poeta", la respuesta. A la verdad, ninguna otra frase ni otro juicio tan exacto como ese, para precisar, porque así, en la brevedad gráfica de la expresión, se dice y se predice todo cuanto es, y aún más, todo cuanto puede ser su poesía. Poesía de la noche, poesía de la angustia, así poesía mística. Poesía de hondas corrientes subterráneas, de fuerzas íntimas incoercibles, de trémulos aleteos interiores, donde luego de una dolorosa búsqueda por los espejos de la sangre, el poeta se halla a sí mismo, para expresar su verdad.

Eso es Gerbasí. Un poeta de la noche. De allí que su último libro —los tres poemas nocturnos, editados recientemente por la Universidad Nacional— constituyan lo más acendrado de su espíritu, la expresión más fiel y más firme de todo su arte, lo realmente definitivo —en cuanto esta afirmación encierra una actitud de reconocimiento de su inspiración. Porque el libro es claro, es Vicente Gerbasí ha escrito libros de una serena belleza como el "Bosque Doliente" o como las "Liras", como "Virgilia del Naufragio" o "Mi Padre el Inmigrante", que dicho sea de paso, es uno de los cantos mejor logrados a propósito de la raza como elemento primigenio del ancestro americano, también lo es que estas obras, con sus consiguientes aciertos y la totalidad de sus experiencias más o menos sedimentadas, apenas logran una estética de simple tentativa. Es, precisamente, en los "Poemas de la Noche" y de la "Tierra", donde el poeta, ya libertado de trabas verbales y de influencias perniciosas, principia a proyectar claramente la razón de su mensaje. La noche está identificada con su corazón, está identificada con la muerte, con la mujer y con la rosa, con el amor y con la dulzura, y ella es en el poeta a manera de un común denominador, como una antigua catalizadora, donde se polarizarán los ácidos y las sales de todas sus reacciones.

Naturalmente que es a otros —de manera especial a los críticos— a quienes les corresponde verificar el análisis cualitativo de su obra. Nosotros, apenas queremos dejar consignada, con voluntaria intención marginal, un breve aspecto de ella, el que más hondamente ha tocado nuestro espíritu. Si vivir la poesía es sentir, nosotros queremos decir simplemente cómo la hemos sentido. En manos de los entendidos queda la vivisección...

Guillermo PAVAN ARCHER

NOSTALGIA NOCTURNA

Entre las soledades que inclinadas cultivan violetas en la sombra del rocío, pertenezco a la noche detenida por negros abedules, la noche que en la altura mueve nevados huertos y abre los portales de la melancolía.

Estoy aquí en la tierra como una fiel costumbre, como un galgo que lame una estatua mojada, como el que va en la sombra llamando sus parientes, como el gesto inocente de los espantapájaros bajo el húmedo viento.

Coros lejanos, bíblicos, de aldeanos celestes que suben las montañas azules de la noche, me devuelven el tiempo de floridos almendros, a la aldea remota que guarda, entre pastores, hijas de molineros y torres de penumbra, las huellas de mi infancia.

¿Me recuerda la escuela con sus manchados mapas, con la ventana abierta hacia los ondulantes trigales vespertinos?
¿Estoy allí, de noche, con los amigos muertos?
¿Quién lanza serpentinatas de luz a los abismos?
¿Quién tritura avellanas?

Pasa un viento de oscuros palomares, con un rumor de plaza, de puerta de convento, y un perfume estrellado de azahares.

Tristeza tengo de mis pasos, y alegría de ver la tierra, aquí, con mis hijos que duermen viajando hacia los bosques con blancos animales que se agrupan bajo los eucaliptos, con el recuerdo apenas de mi propia leyenda a orilla de los mares.

BOSQUE DE MUSICA

Mi ser fluye en tonalítica, bosque dormido en el tiempo, rendido a la nostalgia de los juegos del cielo.

¿Cómo olvidar que soy oculta melocía y que tu adusta sombra es voz de los misterios? He interrogado los aires que besan la penumbra, he oído en el silencio tristes fuentes perdidas, y todo eleva mis sueños a músicos celestes. Voy con las primaverales que te visitan de noche, que dan brillo a las flores en tus sombras azules y me revelan el vaso sufrir de tus secretos.

Tu sopor de luciértagas es lenta astronomía que gira en mi susurro de follaje en el viento y alca da a los suspiros de las almas que escondes.

¿Murio aquí el cazador al pie de los orquídeas, el cazador nostálgico por tu magia embricada? ¡Oh, bosque!, tú que sabes vivir de soledades, ¿a dónde va en la noche el hondo suspirar?

El soplo de la muerte entula tus ramajes y en el llanto del mundo los lámparas se apagan. Mas tu paz es vigilia. Fedimes la vida extasiada en los cantos, en claros meponiales. En tu vigilia aprendo a ver el infinito, en tus horas asciendo al ámbito de Dios.

Este valle tranquilo, amado en las edades, que en su tristeza oye el aire de tus arpes, da su paz es vigilia. Fedimes la vida extasiada en los cantos, en claros meponiales. En tu vigilia aprendo a ver el infinito, en tus horas asciendo al ámbito de Dios.

Este valle tranquilo, amado en las edades, que en su tristeza oye el aire de tus arpes, da su paz es vigilia. Fedimes la vida extasiada en los cantos, en claros meponiales. En tu vigilia aprendo a ver el infinito, en tus horas asciendo al ámbito de Dios.

Este valle tranquilo, amado en las edades, que en su tristeza oye el aire de tus arpes, da su paz es vigilia. Fedimes la vida extasiada en los cantos, en claros meponiales. En tu vigilia aprendo a ver el infinito, en tus horas asciendo al ámbito de Dios.

Este valle tranquilo, amado en las edades, que en su tristeza oye el aire de tus arpes, da su paz es vigilia. Fedimes la vida extasiada en los cantos, en claros meponiales. En tu vigilia aprendo a ver el infinito, en tus horas asciendo al ámbito de Dios.

Este valle tranquilo, amado en las edades, que en su tristeza oye el aire de tus arpes, da su paz es vigilia. Fedimes la vida extasiada en los cantos, en claros meponiales. En tu vigilia aprendo a ver el infinito, en tus horas asciendo al ámbito de Dios.

Este valle tranquilo, amado en las edades, que en su tristeza oye el aire de tus arpes, da su paz es vigilia. Fedimes la vida extasiada en los cantos, en claros meponiales. En tu vigilia aprendo a ver el infinito, en tus horas asciendo al ámbito de Dios.

Este valle tranquilo, amado en las edades, que en su tristeza oye el aire de tus arpes, da su paz es vigilia. Fedimes la vida extasiada en los cantos, en claros meponiales. En tu vigilia aprendo a ver el infinito, en tus horas asciendo al ámbito de Dios.

Este valle tranquilo, amado en las edades, que en su tristeza oye el aire de tus arpes, da su paz es vigilia. Fedimes la vida extasiada en los cantos, en claros meponiales. En tu vigilia aprendo a ver el infinito, en tus horas asciendo al ámbito de Dios.

LIRAS

Llanto, llanto profundo, te escucho como un scilmo en lo vivido, en la noche del mundo, con su costado herido, como un niño sangrando en el olvido.

Alma, cuán solitario, eres la noche misma en los olivos de un antiguo calvario, mirándote de vivos metales por los celos fugitivos.

La madre y el mendigo, el animal doméstico y la esposa, el hijo y el amigo, bajan por la ardorosa colina de la noche rumorosa.

Voces, voces nocturnas, oscuras frente al viento de la aurora, quitarras taciturnas húmidas en la hora, seguidme hasta la luz que me devora.

La tristeza abandona su penumbra estrellada de violines, y vuelve y se corona con luz de querubines en mi sereno valle de jazmines.

Dolor, dolor del mundo, que has pasado la noche en la pobreza, de ti, en la sombra, inundo mi inclinada cabeza, y callado me elevó en tu tristeza.

